

otras partes la lucha contra la casa de Austria. Mientras Julio III firmaba en 29 de abril su armisticio con la Francia para dedicarse á sus banquetes, jardines y juegos, conforme lo reclamaba su carácter, el sultan se puso en correspondencia con los príncipes alemanes, llamándoles sus aliados y verdaderos amigos. En Hungría la plaza de Temesvar no pudo resistir á los turcos, y las escuadras unidas de Francia y Turquía amenazaron las costas de Nápoles. En muchos puntos de Italia se manifestaron tendencias anti-imperialistas y en Siena al grito de: «¡Francia, victoria y libertad!» fué expulsada la guarnicion española y derribada por los habitantes coronados de flores su odiosa ciudadela. Córcega también se armó contra Génova y contra el emperador para recobrar su libertad, que sin embargo no logró al cabo de seis años de lucha.

Con mucha razon el rey Fernando en la primavera habia aconsejado á su hermano que no se retirase á España, porque en tal caso podia dar por perdidos no solamente la Alemania sino también la Italia y los Países-Bajos. Para conservar el imperio y los Países-Bajos, cuyas fronteras meridionales habia devastado el rey de Francia á su regreso de Lorena, habia exhortado á Carlos V á dirigirse contra su enemigo principal; y en efecto, Carlos, siguiendo el consejo del duque de Alba, emprendió en 20 de noviembre el sitio de Metz con un ejército imponente que ocupaba tres campamentos. Poco antes, á causa de la gota, se habia visto imposibilitado de escribir, teniendo que viajar en litera; pero tan pronto como hubo llegado delante de Metz se mantuvo durante muchos días á caballo, á pesar del frío extraordinario que reinaba y que, unido á la mala alimentacion, causó la muerte de millares de sus soldados, cayendo también enfermos sus médicos de cámara. Sin embargo no quiso oír hablar del levantamiento del sitio hasta que al fin del año, en vista de los trabajos de defensa perfectamente dirigidos de los sitiados y de las bajas siempre crecientes del ejército sitiador, comprendió que no era posible el asalto. Entonces, el 1.º de enero, emprendió la retirada. El duque de Guisa, defensor victorioso de la plaza, se encargó de los enfermos del ejército imperial, abandonados por Carlos, y el duque de Alba fué considerado por los suyos destructor temerario de un excelente ejército. Delante de Metz se eclipsó la estrella de Carlos V, pero continuó pensando en su fatal proyecto de asegurar al infante Felipe la sucesion en el imperio alemán por creerle mas apto que nadie para este cargo. Esperaba todavía lograr su intento con la casa de Brandeburgo y sobre todo con la espada del aventurero Alberto, á pesar de tener en contra la mayoría de los miembros del imperio, la familia de su hermano y hasta el mundo entero.

Mauricio, que desde setiembre se hallaba ocupado en Hungría peleando contra los turcos, continuó sus negociaciones en su campamento de Raab ya para hacer mas íntima su relacion con el rey Fernando, ya con otros proyectos que nada tenían que ver con estas relaciones.

El rey de Francia no tuvo motivo para quejarse de que Mauricio hubiese firmado sin consultarle el convenio de Passau, porque al hacerlo habia dirigido, en union del joven landgrave de Hesse, nuevas proposiciones de alianza al rey de Francia, ofreciendo elegirle emperador y poner en la primavera próxima un ejército alemán junto al Rhin. El agente de Mauricio en la corte de Francia fué el ya citado Volrad de Mansfeld. Al mismo tiempo negoció Mauricio por medio del duque de Ferrara nada menos que una alianza con el sultan. Segun este proyecto, Mauricio debia destruir con el auxilio turco el poder de la rama alemana de Habsburgo, recibiendo en cambio la corona de Hungría en calidad de vasallo del sultan. Este magnate alemán, tan falso y sin con-

ciencia como osado é intrigante, debia de tener en su carácter algo de grande, y si algo verdaderamente grande meditó pudo serlo el plan de aniquilar á las dos ramas de Habsburgo; mas también tuvieron ideas análogas genios menos emprendedores como el elector de Brandeburgo, Joaquin, y el duque de Baviera. Mauricio, al mismo tiempo que proponia al rey Fernando una alianza mas íntima, principalmente para proteger los Estados hereditarios del rey contra los turcos, no tuvo el menor escrúpulo en intrigar en favor del aniquilamiento de las dos ramas de aquella familia. Fernando aceptó la proposicion con la mayor alegría; pero el emperador miró este proyecto con gran desconfianza y prefirió la amistad de Juan Federico y del joven duque de Wurtemberg, mientras su hermano procuraba hacerle ver la necesidad de contar ante todo con el auxilio de Mauricio. En el fondo de las relaciones de los dos hermanos se alzaba siempre la sombra de la eleccion del infante Felipe como sucesor de Fernando en la dignidad imperial. El infante, que acababa de enviar á su padre una gran suma de dinero, con la cual habia facilitado la campaña contra el rey de Francia, ardía en deseos de conseguir el objeto de su ambicion, mientras que Fernando y su hijo Maximiliano se preparaban á dar á esta cuestion una solucion á su gusto empleando la fuerza bruta. Fernando dijo claramente que si se intentaba lanzar contra Mauricio el viejo elector Juan Federico, él auxiliaria á Mauricio.

El emperador despues de su campaña francesa pasó á los Países-Bajos, en lugar de aplicarse con toda su fuerza á la conservacion de la paz en Alemania. La situacion era tan grave, cuanto que se trataba nada menos que de la renovacion de la guerra interior con todos sus horrores; pues el marqués volvió á entrar en Alemania decidido á hacer prevalecer lo que llamaba su derecho, y encontró á sus contrarios de Franconia preparados á la resistencia. Al aproximarse el peligro, los príncipes de la Alemania del Sur prefirieron unirse entre sí para la conservacion del orden y de la paz interiores, en lugar de realizar el proyecto del emperador de una liga de Suabia, porque al parecer tenían ayuda al proyecto de Carlos V de asegurar la herencia en la dignidad imperial al infante Felipe. Además del *Interim* nada conmovió tanto la posicion de Carlos V en Alemania como su empeño de imponer á la nacion alemana á su hijo. Verdad es que la conversion de los protestantes al catolicismo y la incorporacion de Alemania á la monarquía universal española constituyeron los dos objetos principales de la política de Carlos V. Estos dos planes despertaron en los miembros del imperio, tanto católicos como protestantes, la conciencia de una comunidad de intereses que se tradujo inmediatamente en la fundacion de la llamada Union de Heidelberg, en 29 de marzo de 1553, en la cual tomaron parte, además de los príncipes de Baviera y de Wurtemberg, los electores de Maguncia, Tréveris y del Palatinado y el duque de Julich. El propósito de la Union era garantizarse la posesion de sus territorios contra todo ataque; así, todo miembro de la Union que se viera atacado tendria derecho al auxilio inmediato de 6,000 hombres. No pudo esta union arreglar pacíficamente la contienda entre el marqués Alberto y los obispos despojados. Las tentativas de mediacion que se hicieron no pudieron impedir, como tampoco los mandatos del tribunal imperial, el rompimiento de las hostilidades, las cuales si no suscitaron, como temia el rey Fernando, una guerra de campesinos peor que la primera, la dejaron muy atrás en cuanto á ferocidad. Despues de un combate con las fuerzas del obispo de Wurzburg, en que fué vencida la del marqués Alberto en 11 de abril cerca de Pommersfelden, este bandido se dedicó otra vez á recorrer la Franconia á sangre y fuego, diciendo que nadie sabia incendiar tan bien como él y que por donde él

habia pasado se podian barrer los restos fácilmente con una escoba. En el territorio del obispado de Wurzburg destruyó mas de 300 poblaciones, por supuesto despues de haberlas saqueado completamente. Este magnate alemán creyó que le era dado ambicionar la corona de Bohemia, si bien por el pronto se lisonjeó con asegurarse las espaldas por medio de una liga de príncipes de la Alemania del Norte. Conocia muy bien á su antiguo amigo Mauricio, que era á la sazón su adversario mas peligroso, porque Mauricio no se dejó engañar con mentiras ni buenas palabras, y prefirió ser en esta situacion de guerra interior el jefe del partido del orden contra la anarquía de los magnates, en medio de la cual toda la Alemania amenazaba dividirse en dos bandos opuestos y enemigos. Mientras la Union de Heidelberg se preparaba con mucha cautela á intervenir con las armas, se entendieron Mauricio y el rey Fernando en una entrevista que tuvieron en Eger para tomar disposiciones contra el feroz marqués. Antes de verificarse esta entrevista habia enviado Mauricio á su hermano á Dinamarca para pintar al rey Cristian la situacion con los mas negros colores y advertirle la necesidad de prepararse, cuando llegara la próxima muerte del emperador, para un cambio completo en el interior de Alemania y asegurarle que Mauricio queria estar en tales circunstancias al lado de sus aliados sin miras egoistas.

La conducta del emperador en esta época crítica fué como siempre muy sospechosa. Se mantuvo tranquilamente en Bruselas expidiendo mandatos y cartas, aunque conocia la inutilidad de semejantes pruebas de su poder. Poco á poco alojó sus compromisos con el marqués Alberto, al cual hizo comprender que era imposible dar órdenes á los obispos despojados por él, y en 20 de marzo volvió á anular los convenios que Alberto habia arrancado á la fuerza á los obispos, asegurando al bandolero que esta anulacion no habia sido invalidada por la reconciliacion del emperador con él. Sin embargo, no es menos cierto que en su convenio del 24 de octubre habia anulado expresamente todo lo ordenado y dispuesto contra la validez de los compromisos de los obispos, jurándolo en el citado documento por su dignidad imperial y por su veracidad personal, y prometiendo que ni directamente ni por medio de otras personas excitaria á los miembros del imperio á auxiliar á los obispos para recobrar sus propiedades. No habia mencionado el emperador el nombre del feroz marqués ni en aquel convenio ni en el edicto en que prohibió bajo severas penas el enganche de tropas bajo el nombre del emperador; pero ambas órdenes iban directamente contra el citado magnate, y con ellas el emperador solo logró que se confirmara la creencia general de que el marqués era su cómplice. Carlos no cesó de recomendar la necesidad de un arreglo pacífico, pero no fué escuchado á causa de la sobrecitacion de los ánimos y en vista de la terrible desolacion de toda la Franconia. El emperador, si hubiese tenido realmente deseos de hacer respetar la paz en el imperio, habria debido hablar y proceder de otra manera; mas este soberano español vió *acaso* con gusto (1) que se desangraran los príncipes alemanes mas turbulentos en luchas interiores, que se olvidara el convenio de Passau y que las calamidades de la guerra interior hicieran á la mayoría de los miembros del imperio mas accesibles á sus proyectos de reforma monárquica. Acaso contribuyó también á su conducta su apatía lamentable, pero ¿qué habria resultado entonces si Mauricio, su enemigo mortal, hubiese quedado vencedor? Para esto basta saber que el rey de Francia volvió

(1) Observamos que la mayor parte de lo que el autor dice de Carlos V lo funda en conjeturas, en supuestas intenciones y no en actos.

á pensar seriamente en ser elegido sucesor del emperador, segun las negociaciones que activaba en la corte de Francia el conde de Mansfeld por encargo de Mauricio y en vista del estado achacoso del emperador.

Entretanto urgia librar el imperio del feroz marqués Alberto, que á la cabeza de sus hordas se habia dirigido al Norte, donde el duque Enrique de Wolfenbuttel estaba en guerra con la ciudad de Brunswick y además con muchos nobles vasallos suyos, cuyas posesiones habia confiscado despues de la guerra de Smalcalda. Alberto se proponia apoyarse allí principalmente en el partido protestante, al cual le recomendaban sus ataques á los prelados católicos, creyéndose además acreedor á las simpatías del antiguo elector Juan Federico y de los Hohenzollern de Brandeburgo, por ser partidarios firmes del emperador.

En general habia cambiado la situacion de los partidos alemanes, en los cuales preponderaban los intereses políticos sobre los religiosos. Ya hemos visto que en la rebelion de los príncipes, ciudades protestantes habian rechazado los ataques de sus correligionarios, y á la sazón el solapado Mauricio se presentaba estrechamente unido al duque Enrique de Wolfenbuttel, antiguo enemigo de la reforma religiosa, y al rey Fernando, tan fanáticamente católico, teniendo además relaciones con los obispos de Franconia.

A la cabeza de la union de Heidelberg figuraban como jefes militares el duque católico Alberto de Baviera y el duque luterano Cristóbal de Wurtemberg. En cambio el marqués Alberto, además de sus parientes, entre los cuales era su principal protectora la condesa Isabel de Henneberg, ex-duquesa de Brunswick, contaba con los adversarios protestantes de Enrique de Brunswick, y también con Erico de Calenberg, que profesaba la religion católica y que era hijo de la citada ex-duquesa de Brunswick, siendo además cosa general admitida que el emperador le dejaba hacer lo que queria. El landgrave Felipe, que desaprobaba naturalmente la conducta de su yerno Mauricio en favor de los prelados católicos, le facilitó, sin embargo, un contingente de caballería. También indignó la conducta de Mauricio á Juan Alberto de Meklenburgo, que además tenia otros motivos de queja contra él; sin embargo, trató de separarle hasta el último momento de su aliado católico el duque Enrique de Wolfenbuttel; pero ya Mauricio habia hecho entregar al marqués en el campamento de Petershagen su carta de separacion, y ocho días despues, en 9 de julio de 1553, se encontraron los adversarios principales cerca de Sievershausen y Peina, entre Hanover y Brunswick. Alberto tenia mas ventajosa posicion y una infantería mas numerosa; pero la batalla tomó un carácter casi exclusivo de accion de caballería, figurando en lo mas espeso de la pelea los mismos magnates, segun costumbre de la caballería antigua. Los contrarios del marqués pretendieron ver entre las tropas de éste algunas fuerzas imperiales, y los aliados por su parte tuvieron auxilio bohemio. El héroe del día fué Mauricio, cuyo valor impetuoso excitó la emulacion de sus nobles sajones, de los de Brunswick, mandados por sus tres duques, y de los esforzados caballeros hesseses. Hacia la noche, á las pocas horas de batalla, se declaró la victoria en favor de Mauricio; pero costó muy cara, porque el viejo duque de Brunswick perdió sus dos hijos, Carlos Víctor y Felipe Magnus; Federico de Luneburgo, apenas adolescente y portabandera de Mauricio, murió en la pelea, y el mismo Mauricio salió mortalmente herido de una bala enemiga. Al principio creyó poder curar y se ocupó en la redaccion de los anuncios de su victoria; pero cuando llevaron á su tienda las banderas y pendones cogidos al enemigo, en número de mas de sesenta, estaba ya luchando con la muerte, y despues de padecer muchísimo durante dos días expiró el 11 de

julio á la edad de 32 años. Conservó el conocimiento hasta el último instante, acordándose de su esposa é hija y perdonando cristianamente de todo corazón á sus enemigos. Sus últimas palabras fueron: «¡Dios vendrá!»

El duque Enrique de Brunswick si hubiera podido coger al marqués le habría hecho ahorcar en el acto para vengar la muerte de Mauricio. La vida de este príncipe ambicioso, aunque muy activa, no fué bastante larga para que podamos formar de él un juicio acertado (1). Si bien estuvo animado de móviles particularistas, no autoriza esto á creer que fuera incapaz de alimentar otras ideas mas grandes. En ciertos conceptos no fué mas que uno de tantos príncipes de aquella generacion que en el siglo xv empleó toda su fuerza y su falta completa de escrúpulos para aumentar su poder territorial; solo que las proporciones mas grandes de la época de la Reforma, el tener que luchar contra un monarca tan poderoso como Carlos V y la mezcla inevitable de las contiendas religiosas con todas las demás cuestiones, debieron de influir en el ánimo de un príncipe jóven y robusto como Mauricio, que en efecto había llegado ya á ser el primer personaje en el imperio alemán. Aunque no era hombre que abrigaba ilusiones irrealizables, con el tiempo y en circunstancias favorables habría podido obtener una corona real, y los franceses acaso hubiesen visto con gusto su elevacion al trono del imperio. El mismo dijo en varias ocasiones que esperaba salir de aquel caos de guerra de los príncipes contra el emperador llevándose algun premio. Durante su vida agitada poco le dominó la fuerza moral de la Reforma, pero á su muerte mostrósese hijo verdadero de la Alemania luterana; y lo que se realizó en la paz religiosa de Augsburgo, la admision positiva y legal del protestantismo en la constitucion del imperio, se debió ante todo á este duque Mauricio de Sajonia, que con su falacia brutal, que recuerda á Arminio, el antiguo héroe nacional de los alemanes, supo triunfar del mejor diplomático y gobernante mas calculista y conocedor de los hombres de su época, esto es, del emperador Carlos V. No podemos imitar á un historiador moderno calificando á un personaje como Mauricio de pillo. El salvador del protestantismo, con todo su egoismo y sus faltas de palabra, cuenta con compañeros dignos de él no solamente entre los italianos del Renacimiento sino tambien entre los emperadores alemanes y entre los potentados de lejanos siglos, y su mejor justificacion es su contrario imperial, al cual tambien imitó, del cual tanto provecho sacó y á quien finalmente engañó.

Es una desgracia para los protestantes alemanes que la gran lucha de la nueva doctrina contra la Iglesia católico-romana se personificara finalmente de una manera tan indigna; porque el marqués Alberto hizo con mas resolucion que nunca la guerra al clero desde la muerte del mas grande de sus adversarios. La mayor parte de los príncipes y ciudades protestantes de la Alemania del Norte trataron de entenderse con Alberto si no lo estaban ya; el landgrave Felipe se apresuró á reconciliarse con él, despues de haber tomado parte en la guerra con repugnancia, y hasta el nuevo príncipe elector de Sajonia, Augusto, se dió prisa á abandonar la política osada de su hermano y hacer su arreglo con el marqués á pesar de todas sus exhortaciones en contra del rey de Romanos. Las casas de Brandeburgo, Sajonia y Hesse se ocuparon en restablecer la antigua union de herencia y parecia pronta á formarse una alianza sajona muy distinta del proyecto del rey Fernando mientras permanecia estrictamente neutral la union de Heidelberg, no obstante que entraba

(1) El autor olvida que ya lo ha formado en las páginas anteriores. (N. del T.)

en ella el rey Fernando por el Tiro y el Austria anterior. Esta alianza de la Alemania del Mediodía hubiera debido proceder enérgicamente contra el marqués, perturbador de la paz, tanto mas cuanto que se consideraba al feroz Alberto instrumento de los proyectos de sucesion de Carlos V; pero el duque de Baviera observó con razon que no todo el mundo tenia valor para atacar á aquel forajido. El duque Cristóbal de Wurtemberg por su parte era enemigo de los enemigos de Alberto, ó sean el rey Fernando y Enrique de Brunswick; y Alberto, cuya hueste iba siempre en aumento, mandó á decir á sus adversarios con mucha jactancia: «Todavía vivo y si á Dios place viviré mucho mas tiempo de lo que desean los clericales y sus amigos.» Corrian versos groseros en que se cantaba la próxima quema de los clérigos y comerciantes, y hasta parecia que los miembros del imperio, espantados y abandonados por el emperador, iban á someterse á las leyes que les dictara un aventurero salvaje. Solo el viejo duque Enrique de Brunswick, que luchaba por su existencia, tomó parte por los obispos de Franconia y por la ciudad de Nuremberg, logró separar del marqués á su aliado Erico de Calenberg, jóven inconstante, y en 12 de setiembre derrotó á su adversario cerca de Steterburg, á la vista de los ciudadanos de Brunswick, que desde sus murallas y torres pudieron observar la victoria de su soberano enemigo. El anciano duque puso despues sitio á la ciudad y al fin hizo con ella un arreglo cuando sus aliados le llamaron á Franconia para acabar con la lucha desesperada del marqués, que intentaba recuperar sus territorios. En el camino el viejo elector Juan Federico hubo de pagar con una considerable suma sus simpatías hacia Alberto, el cual, mas feroz que nunca, persiguió hasta con sus escritos á los prelados y á los ciudadanos de Nuremberg. Los príncipes protestantes, que acaso se hubiesen puesto de parte del marqués si éste hubiese obtenido una victoria decisiva, no levantaron la mano á su favor y el emperador le dejó por su parte completamente abandonado. En 1.º de diciembre el tribunal imperial declaró al forajido fuera de ley y Alberto, al saber que los círculos habían recibido el encargo de prenderle y ejecutar la sentencia, llenó su copa y bebió alegremente á su salud, jurando que en la misa del gallo y para celebrar el año nuevo quemaría al clero con un fuego tal que los niños en el seno de su madre retirarían los dos pies para guardarse de él. Todavía pasaron mas de seis meses antes que la infortunada Franconia se viese libre de la guerra, en la cual ambas partes rivalizaron en ferocidad. En 13 de junio de 1554 fué derrotado completamente cerca de Schwarzach y de Kissingen el noble bandido, despues de haber podido evadirse de la ciudad de Schweinfurt asediada. En 22 de junio cayó en manos de los enemigos el castillo de Plassenburg despues de una defensa heroica, y el marqués, expulsado de allí, huyó á Francia, no queriéndole dar asilo ni su amigo el duque de Wurtemberg.

Juan Alberto de Meklenburgo, que había aprobado pero no firmado el convenio de Passau, se salvó de una suerte semejante cediendo á tiempo territorios suyos á su hermano Ulrico. De esta manera los príncipes alemanes restablecieron la paz en su patria casi sin la menor cooperacion del emperador. Quedó entendido que en el próximo parlamento se establecerían una paz duradera y un nuevo orden definitivo del imperio. Verdad es que pasó mucho tiempo y costó mucho trabajo antes de poderse reunir este parlamento, porque entre los príncipes continuaba reinando la sospecha de que el emperador queria volver á sus antiguas pretensiones. Sin embargo, en febrero de 1554 Carlos V había declarado ya á su hermano que queria renunciar á su deseo favorito, porque desde la muerte del jóven rey de Inglaterra, ocurrida en 6 de julio de 1553, y despues de la subida al trono de su

hermana mayor María, cuyo derecho su hermano había tratado en vano de anular nombrando sucesora suya en su testamento á su tia protestante Juana Grey, esperaba Carlos una completa restauracion del catolicismo en las islas Británicas. Allí concentró, pues, toda su política; y en enero de 1554 la reina, ya algo avanzada en años, se casó con su jóven primo el infante Felipe, que entretanto había enviudado. En el mes de julio se celebraron las bodas, precedidas de algunas ejecuciones de herejes, y despues se procedió sistemáticamente á la supresion de todas las innovaciones religiosas. En 30 de noviembre de 1554 recibió el parlamento inglés de rodillas en presencia de los soberanos la absolucion papal de toda herejía y cisma y de sus consecuencias, siendo el cardenal Pole el encargado de celebrar esta solemnidad. Este giro de los sucesos en Inglaterra determinó al emperador á apartar sus pensamientos de Alemania, pero sin lanzarse con la energía de otros años á este nuevo terreno de actividad, porque las amarguras y desengaños habían dejado huellas en su ánimo fatigado, y en adelante pensó cada vez mas en renunciar á su poder. Ya en ocasion del casamiento de Felipe con la reina de Inglaterra le había dado los dominios españoles en Italia con el titulo de rey de Nápoles, pero las relaciones entre padre é hijo, para el cual el primero trabajó tanto, no tenían nada de cordiales, y entre las personas que rodeaban al infante Felipe se expresaron dudas sobre la capacidad del monarca gotoso y se creía que solo el hijo podia impedir el derrumbamiento del edificio político levantado por Carlos V. El duque de Alba, que acompañó á Felipe á Inglaterra, fué el hombre á propósito para el nuevo sol naciente, y hasta Granvela procuró asegurar su plaza.

Paso á paso y lentamente se fué desprendiendo Carlos V de su poder supremo, despues de haber visto destruidas sus esperanzas una tras otra, sin exceptuar las que había fundado en el último casamiento de su hijo. El confidente de Carlos, Van Maele, refiere que el emperador una vez le abrió su corazón con toda franqueza y sin testigos. La reina María, que aborrecía en el fondo de su alma á su sobrino, sin corazón ni inteligencia, hizo saber á su hermano en el verano de 1555 su resolucion firmísima de renunciar al gobierno de los Países-Bajos. Esto acabó de decidir á Carlos V á renunciar en 21 de octubre, en una asamblea de los caballeros de la orden del Toison de oro en Bruselas, á la soberanía de la orden en favor de su hijo, y cuatro dias despues entregó á éste el gobierno en presencia de los estamentos de los Países-Bajos. Grande fué la conmocion de los presentes cuando el emperador tomó la palabra y despues de un breve resumen de su laborioso reinado se declaró completamente incapaz de continuar en su elevado puesto y pidió perdon por las injusticias que pudiese haber cometido. Sus ojos se humedecieron de lágrimas cuando recomendó á su hijo el bienestar de los países que estaba llamado á gobernar en adelante. No olvidó, sin embargo, recomendar á los estamentos muy particularmente la extirpacion de todas las herejías. En enero de 1556 abdicó Carlos solemnemente las coronas de España y en setiembre levantó anclas la escuadra que había de llevar al emperador á su España amada. Aun en la soledad suntuosa de Yuste le ocupaban todavía las grandes luchas europeas, porque si bien renunció al gobierno no pudo renunciar á su índole política. Allí todavía le persiguió el fantasma de la herejía; en España á la intermediacion del emperador retirado aparecieron luteranos y mientras la Inquisicion encendía sus hogueras, sintió Carlos V amargos remordimientos por no haber ahogado á su tiempo en Alemania la reforma religiosa en la sangre de su jefe. El recuerdo de Lutero, al cual había hecho en vano feroz guerra, y el recuerdo de Roma, que le había hecho guerra á él y que en aquellos dias volvió á ha-

cérsela á su hijo, turbaron los últimos dias del emperador cansado del mundo.

Jamás pudo convéncerse Carlos V del resultado que dió la contienda de los partidos alemanes, apaciguada con tanto trabajo. En el verano de 1554 había otorgado poder para hacer arreglos definitivos con los miembros del imperio al rey Fernando, pero no como apoderado del emperador y en su nombre sino solo por sí como rey de Romanos, es decir, que cargó sobre su hermano una responsabilidad que él no hubiera aceptado á ningun precio, pues para él continuaron subsistentes, segun escribió á Fernando, los escrúpulos discutidos en Villach antes del convenio de Passau, referentes á la cuestion religiosa. Fernando era ciertamente tan buen católico como su hermano, pero sus territorios tenían tal situacion y estaban tan íntimamente enlazados con Alemania, y él como rey de Hungría dependía tanto del auxilio alemán que hubiese sido mas que temerario negar al protestantismo,



Moneda de plata de Alberto (Alcibíades) de Brandeburgo-Kulmbach, acuñada en el castillo de Plassenburgo

Anverso: En el centro el escudo con el águila, rodeado de los escudos de Brandeburgo, Pomerania, condado de Nuremberg y de la casa de Hohenzollern. La inscripcion circular dice: SI . DEO . PRO NOBIS . QVIS . CONTRA . NOS . - Reverso: Dentro de un cuadro la inscripcion: ZV . EREN . MARGRAF . ALBRECHTEN . VND . ZV . SCHANDEN . ALLN . PFAFEN . KNECHT . BLASSEN . BE . En los cuatro lados, los números 1, 5, 5 y 3.

Ejemplar único probablemente, que se conserva en el Museo Numismático de Berlin

despues de los sucesos ocurridos, su existencia legal en el imperio. Así pudo establecerse, por grande que fuera la repugnancia de Fernando, aquella paz que no decidió definitivamente la lucha entre los católicos y los protestantes alemanes, pero que aplazó esta lucha por dos generaciones. Examinando bien la paz religiosa de Augsburgo se observa que fué un resultado de la fatiga de todos los combatientes y no un concierto entre vencedores y vencidos. En realidad fué esta paz un *Interim* destinado á causar mas daño y mas calamidades á la nacion alemana que la reforma del emperador llamada tambien *Interim*. Si recordamos los primeros fines del movimiento del pueblo alemán, aparece este resultado en extremo pobre; mas á pesar de esto fué la ruptura decisiva con la Edad media; fué, como dice Ritter, la primera tentativa coronada de éxito para establecer en una gran nacion del Occidente cristiano la igualdad de derechos de dos religiones.

Se comprende la tenaz resistencia que opusieron los católicos á la libertad religiosa, tanto de los grandes miembros del Estado como de los individuos, pues que ya la igualdad de derechos significaba para los partidarios de la religion antigua el sacrificio de sus convicciones íntimas, que solo podia justificarse ante su propia conciencia por una situacion forzosa. En el parlamento estaban estos partidarios todavía en mayoría; pero tambien bajo este concepto la Reforma había quebrantado las rutinas antiguas, quitando á la mayoría su preponderancia legal, lo que significa una lucha de una minoría que protesta contra una mayoría, lucha que valió á los protestantes su nombre de partido. En el convenio primitivo